

Kevin Van Whye

**iSAL
CONMIGO,
BRYSON
KELLER!**



LUNES

Se sabe que las mañanas en la casa de los Sheridan son ruidosas y caóticas; los lunes son particularmente desastrosos. Hoy no es diferente.

—Yazz, ¡abre la puerta! —grito. He estado parado frente a la puerta del baño, que comparto con mi hermana menor, los últimos diez minutos. Voy a llegar tarde.

Amo a mi hermana y, aparte de las mañanas entre semana, en general nos llevamos bien. No diría que mataría por ella, pero quizá sí le ayudaría a enterrar un cadáver. Pero ahora, Yasmine Sheridan es a quien quiero asesinar.

—Juro por Dios, Yasmine, que si no abres esta puerta en los siguientes dos minutos la voy a tirar a patadas.

—¡Kai! —grita mamá desde la planta baja—. ¡No uses el nombre del Señor en vano!

Pongo los ojos en blanco. Como si eso fuera ahora lo importante. Sin embargo, no lo digo porque la verdad es que no tengo tiempo para discutir sobre religión con mi mamá, eso está reservado para los domingos en la mañana, cuando me niego a ir a la iglesia.

Golpeo la puerta de nuevo y se abre antes de insistir nuevamente. Yazz sale del baño lleno de vapor y me lanza una mirada exasperada.

—Si te levantaras más temprano no tendríamos que hacer esto siempre. La gestión del tiempo es clave para tener una vida exitosa.

Yazz tiene trece años, pero tiene la personalidad de la mujer madura que les grita a los niños del barrio que no pisen su pasto.

—En unos meses, cuando vayas a la universidad, no me tendrás para ayudarte. Así que trabajemos en eso, ¿de acuerdo? —agrega.

Me da una palmada en el hombro como para animarme. Para cuando pienso en una respuesta adecuada, ya es demasiado tarde. Ya cerró la puerta de su recámara y yo me quedo parado ahí, como niño regañado. ¿Quién diría que soy cuatro años mayor?

—El desayuno está listo —grita papá.

—¡Todavía me tengo que bañar! —respondo.

—Vas a llegar tarde, Kai. Donny no tarda en llegar.

—¡Lo sé, mamá! —mascullo y entro al baño. Abro la regadera y el agua está tibia. Entiendo que es primavera y que esto es California, pero a mí me gusta el agua como me gusta el café: casi que escalde.

Diez minutos más tarde, salgo como un hombre nuevo. No hay tiempo para que me rasure y solo puedo esperar que los maestros no me castiguen por eso. Con una toalla alrededor de la cintura, regreso corriendo a mi recámara y rápidamente me pongo el uniforme: pantalones café y una camisa blanca de botones perfectamente planchada. La Academia Fairvale es flexible en muchas cosas, pero el código de vestimenta es algo en lo que la escuela no lo es.

Busco mi corbata. Hurgo entre los montones de ropa que yacen olvidados en el suelo de mi recámara. No soy la persona más pulcra del mundo; eso me vale los incontables sermones de mamá y papá. Pero supongo que dentro de la santidad de mi

propia habitación puedo ser yo mismo: eso incluye que en ocasiones olvide poner la ropa en la canasta de la ropa sucia.

Encuentro la corbata de rayas blancas y carmesí. Es extraño que el emblema de la escuela consista en dos águilas estilizadas, cuando nuestra mascota es el puma, pero es la Academia Fairvale, así que no lo cuestionamos... mucho. Yo venía de una secundaria pública, por eso me llevó algún tiempo acostumbrarme al uniforme de una escuela privada. Prefiero mil veces usar jeans y camiseta.

Recojo mi blazer del lugar en el que lo aventé el viernes en la tarde. Siento vergüenza por las arrugas y trato de alisarlas. Pero simplemente no hay manera de salvar esta aburrida monstruosidad azul marino.

Bajo las escaleras de dos en dos. En mi casa hay una política de no usar zapatos adentro, así que mis pies con calcetines resbalan en el piso de madera y solo me salvo de caer al sujetarme de la isla de la cocina.

—Un día vas a romper algo —me advierte mamá.

Está sentada frente a la isla, leyendo el periódico en su iPad. Mamá está vestida y lista para su jornada. Su cabello rubio artificial está sujeto en una cola de caballo. En su plato hay un montón de hot cakes que hizo mi papá y mi estómago gruñe al verlos.

—Deberías comer algo rápido, *boyttjie* —dice papá.

Aún conserva su acento sudafricano, a pesar de haber vivido en Estados Unidos ya casi dos décadas. Mamá es blanca y papá es de raza mestiza. Cuando yo era más joven no comprendía las miradas que les lanzaban, las miradas que me lanzaban, pero ahora lo entiendo. La gente tiene una idea de lo que debería ser el amor, y que mis padres se amaran no entra en el panorama perfecto de nadie. Papá siempre ha dicho que los racistas son personas tristes que tratan de hacer que el resto del mundo sea igual de triste; que su odio es algo por lo que deberíamos sentir compasión porque les impide vivir plenamente.

Mi teléfono vibra. Lo saco del bolsillo y abro el chat de los tres mosqueteros que tengo con Donny y Priya. Después de terminar el libro de Dumas el verano pasado, los convencí de que vieran la película conmigo. Todo esto de «todos para uno y uno para todos» era tan genial que me pareció hecho específicamente para nosotros.

Veo con rapidez los memes que Donny envió anoche y encuentro el mensaje que dice que ya está aquí.

—No tengo tiempo —respondo y me dirijo a la alacena en la que mamá guarda las barras de cereal.

Siempre se asegura de tener algunas a la mano porque casi todas las mañanas se me hace tarde. Rasgo la envoltura y le doy una gran mordida.

—De ti sacó que se le peguen las sábanas, querido —le dice mamá a papá.

—Bueno, yo tengo una excusa: mi cuerpo todavía no se adapta a este huso horario.

—Ya pasaron veinte años. Creo que esa excusa ya no sirve.

Mamá y papá se conocieron cuando ella hacía trabajo voluntario en una iglesia en Sudáfrica. Por casualidad, mi papá asistía a la misma iglesia. Se enamoraron y, el resto, como ellos dicen, es historia.

—¡Bye! —me despido y me apresuro a salir de la cocina.

Me detengo en la puerta para ponerme los zapatos de la escuela, tomar mi mochila del perchero, colgármela en bandolera y engullir el resto de la barra de cereal.

—Que tengas un día excelente —grita papá.

—Te amo —agrega mamá.

—Yo también —respondo con la boca todavía llena.

Salgo de la casa y camino hacia el coche deportivo que ningún adolescente debería tener. Me subo al asiento trasero. Donny maneja y Priya está en el asiento del copiloto.

—Donny, cuando vayas a Caltech, por favor inventa una alarma que sí me despierte —exclamo a modo de saludo.

Tanto Donny como Priya ya fueron aceptados en la universidad de sus sueños. En pocos meses, Donny se irá a Pasadena y Priya a la UCLA. Yo todavía estoy esperando noticias de Tisch. Cada vez que pienso que mi sueño está en la cuerda floja me dan náuseas. En estos días sabré si pasé el examen.

Es triste pensar que estas rutinas matinales acabarán pronto. Donny y yo nos conocimos en el primer año de preparatoria, y desde entonces somos los mejores amigos. Priya nos adoptó varios días después e insistió en que, sin ella, Donny y yo estaríamos perdidos como ovejitas. Nunca lo admitimos frente a ella, pero probablemente tenía razón.

—Hay una manera —dice Priya—. Se llama fuerza de voluntad.

—Suenas igual que Yazz.

—La Fuerza la acompaña —agrega Priya.

—Priya me obligó a ver *Star Wars* otra vez. —Donny me mira por el retrovisor—. Debiste venir.

—No, ustedes necesitan pasar solos sus noches —respondo.

—Si pasan cualquier película de *Star Wars* en un cine, es obvio que debo ir —explica Priya—. Es una tradición familiar. Mi papá se aseguró, literalmente, de que fuera la primera película que recordara haber visto. Si algo tiene mi padre, es dedicación.

—¿Tu mamá sigue insistiendo en que se deshaga de su colección de figuritas? —pregunto.

Priya resopla.

—Creo que eso solo será posible si él muere. Hay tres cosas que mi padre ama más que cualquier otra cosa en el mundo: su familia, su trabajo y su colección de *Star Wars*.

—Mi papá es igual con el Manchester United —digo—. Este fin de semana se despertó a las tres de la mañana para ver cómo Chelsea los hacía papilla.

—Me gustaría que mi papá tuviera un pasatiempo —interviene Donny—. Así no me molestaría con mis calificaciones todo el tiempo. Quiere que mejore mis resultados de matemáticas.

—Imposible —digo—. Hasta que apareciste, ni siquiera sabía que alguien podía tener una calificación tan alta en matemáticas.

Donny ríe.

—La capacidad matemática y los nombres desafortunados son tradición de los Duckworth. —Cuando se detiene en el semáforo, gira la cabeza para mirarme—. ¿Hiciste la tarea? —pregunta—. Tuve problemas con las dos últimas ecuaciones.

—Por favor, Donald, no arruinemos la mañana de Kai preguntándole sobre matemáticas.

Mi pésimo rendimiento en matemáticas es, desde hace mucho tiempo, motivo de broma entre mis amigos, así como aquel examen legendario en el que solo tuve una ecuación correcta, nada más. Si me preguntan, eso fue un éxito.

Priya tiene permiso de llamarlo Donald; pero nadie, absolutamente nadie, puede usar su nombre completo: Donald Duckworth IV. No bromeo, el apellido de la familia se ha heredado de una generación a otra como una preciada reliquia familiar. Alerta de *spoiler*: no lo es.

Priya me mira.

—Por cierto, ¿acabaste el guion? Hoy es la fecha límite, ¿no?

—Todavía me falta terminar algo, lo haré a la hora del almuerzo —mascullo—. Creo que tengo una cita en el laboratorio de computación.

Para cada una de las obras que estudiamos, la maestra de Teatro, la señora Henning, deja que sus alumnos audicionen para escribir una obra escolar. La fecha límite para la de *Romeo y Julieta* es hoy, al final del almuerzo. Todavía me falta el final. Todas mis ideas apestan y he pasado horas mirando el cursor que parpadea, la página en blanco que refleja mi mente en blanco. Pero es ahora o nunca. El año pasado estuve muy cerca de ser seleccionado: mi versión moderna de *Hamlet* quedó en segundo lugar. Esta vez quiero que me elijan a mí. Es uno de mis objetivos para el último año.

—Pues apenas te queda tiempo.

—No tienes que decírmelo, Priya —respondo.

Priya solo deja que sus amigos la llamen por su nombre corto. Dice que es un premio para todos aquellos que invirtieron tiempo y esfuerzo en aprender a pronunciar correctamente su nombre completo. Hay una cosa que Priyanka Reddy no tolera: la pereza. Donny es solo Donny para todos, es exactamente lo contrario. Quizá sí están verdaderamente hechos el uno para el otro.

—¿Todavía no está bien? —pregunta Donny.

—Cada palabra es como si me arrancaran un diente. —Cierro los ojos—. No he estado inspirado. Es difícil volver a narrar *Romeo y Julieta*. —«Sobre todo cuando no tengo ninguna experiencia real de salir con alguien», esto es lo que no agrego—. Pero estoy decidido. Este año tengo que ganar.

—Lo importante es el potencial. Estoy segura de que Henning busca eso, no la perfección. Tienes talento, así que no dudo en que lo harás muy bien.

Priya abre la guantera y saca su bolsa de maquillaje. Aunque sea el coche de Donny, también es parte de nuestro grupo. El Patomóvil tiene pedacitos de todos nosotros.

La verdad es que la familia de Donny tiene tanto dinero que ni siquiera saben qué hacer con él. Cuando utilizan por ahí el término «dinero de generaciones pasadas», la familia Duckworth está definitivamente en la lista. Para el cumpleaños de Donny el año pasado sus padres le compraron este hermoso Mustang rojo, con rayas deportivas hasta la cajuela. Al principio, Donny estaba eufórico, pero cuando vio la placa personalizada CUAC IV se negó categóricamente a manejarlo. Por supuesto, Priya y yo lo convencimos de lo contrario, porque ¿a quién le importa una estúpida placa? Y a partir de ese día, los tres mosqueteros contaron con un corcel para cabalgar.

Después de un trayecto rápido de diez minutos entramos al estacionamiento de la escuela. Mi casa es la que está más cerca —no en un fraccionamiento—, por eso a mí me recogen al último.

—¡Ah! Ya salió el último número del *Herald* —dice Priya mirando su teléfono.

—Para odiarlo tanto, eres bastante diligente con la lectura de los editoriales de Shannon.

—Puedo odiar a la persona, pero aprecio su trabajo —exclama fulminándome con la mirada—. Soy capaz de aceptar las diferencias.

—¿Algo bueno? —pregunta Donny cambiando de tema.

—Hay una entrevista con la última ex de Bryson.

—¿Quién le pidió a Bryson salir la semana pasada? —pregunto.

—Isabella, va conmigo en la clase de Biología —responde Priya.

—¿Cuál?

Hay cuatro alumnas de último año que se llaman Isabella.

Bajamos del Patomóvil y Priya abre su Instagram. Presiona #SalConmigoBrysonKeller y nos muestra una foto. Es de una chica morena y Bryson.

—Isabella Mendini. —Priya voltea la pantalla hacia ella y suspira—. Debería ser ilegal que Bryson tenga esa estructura ósea.

No se equivoca. Por supuesto, mi admiración solo se expresa de lejos y en secreto. Mi corazón late por otra persona.

Como si mis pensamientos lo hubieran invocado, mi amor no correspondido aparece caminando tranquilamente. Isaac es alto, de pelo rubio rizado y ojos azules que me recuerdan el océano. Lleva el blazer sobre el hombro y un balón de fútbol bajo el brazo. ¿Por qué necesita un balón de fútbol para ir a la escuela? Quién sabe, pero es una imagen común cuando se trata de Isaac.

Nos dirigimos hacia la entrada de la escuela, estudiando el caos que nos rodea. Desde que empezó la apuesta, los lunes en la mañana se han convertido en un circo. Una multitud espera en la entrada; casi todos son espectadores. Bryson ha respetado la regla de que solo pueden participar las del último año. Parece que todos están esperando la llegada del hombre del momento.

—Es increíble cómo se ha hecho popular la apuesta —dice Donny.

Cuando empezó, la mayoría de las chicas que invitaban a Bryson a salir eran porristas o pertenecían al equipo de fútbol. Luego fueron las de la clase de Teatro. Pero ahora la apuesta está ahí, para todos, y muchas personas que no tienen una verdadera relación con Bryson ni con esas actividades lo invitan a salir por diversión.

—Escuché a Eric decir que si él pudiera salir con Bryson, lo haría —dice Priya.

Trato de no reaccionar ante la noticia de que otro chico quiere salir con Bryson.

—¿Eric? —pregunta Donny—. ¿El gay?

Estoy seguro, casi ochenta y cinco por ciento seguro, de que Donny no tendría problema con que yo fuera gay. En general es muy comprensivo. Pero cuando dice cosas como esta, lo dudo.

Priya le da un golpe a Donny en el brazo.

—Eric Ferguson —dice—. Ese es su nombre.

Tengo pensado decirles a Priya y a Donny... después de la graduación de prepa. No planeo salir del clóset hasta entonces, porque incluso en una escuela en la que hay alumnos declarados y orgullosos, y hasta un club activo LGBTQ, «gay» sigue siendo una etiqueta. No importa que Eric sea campeón estatal de ajedrez o que incluso sea el hijo de la directora adjunta. Eso es secundario a su sexualidad. Es el problema de las etiquetas: se te pegan como si fuera un chicle no deseado. Por eso tengo tanto cuidado de que no me etiqueten. Sobre todo, no quiero ser Kai Sheridan, el gay.

Donny se encoge de hombros.

—Quiero decir que nunca especificamos que un chico no podía pedirle a Bryson que saliera con él, ¿o sí? Entonces, cualquiera podría pedírselo si lo desea.

Toda esta plática sobre homosexualidad pone mis alarmas en alerta. Trato de no moverme, de fundirme con mi entorno.

—De cualquier forma, eso no importa —continúa Priya—. Estoy segura de que Eric ya tiene novio. Así que supongo que nunca

lo sabremos. —Mira su reloj—. Tengo que ir a mi casillero antes de la asamblea.

Cada lunes en la mañana la Academia Fairvale lleva a cabo una asamblea en el auditorio, y nuestro director da los anuncios de la semana y hace un resumen del prestigio que los equipos de deportes le brindan a la escuela. Para mí está bien, porque mi primera clase, Teatro, es en el mismo edificio, así que no tengo que salir cuando la asamblea termina. Es muy conveniente.

—No llegues tarde —digo.

—Exacto. No puedo arriesgarme a que me castiguen por llegar tarde.

Priya pone los ojos en blanco. Cualquier cosa que moleste a los maestros significa que nosotros tenemos que renunciar al descanso del almuerzo como castigo; llegar tarde es lo primero en la lista. En caso de faltas más graves nos sancionan con puntos; si acumulas seis puntos, te castigan la tarde del viernes. Y si llegas a treinta, tendrás que pasar un sábado en la escuela con Ferguson, la directora adjunta.

—Bueno, nos vemos al rato, chicos —digo—. Tengo una cita con la Gran Bertha.

—No más refresco. Bebes demasiado. Te va a matar.

—Sí, mamá —le digo a Priya.

—Déjalo vivir —agrega Donny.

—Permitir un mal comportamiento es parte del problema. —Voltea hacia mí—: Te apartaremos un lugar.

Tras decir esto, Priya se marcha.

Donny trota tras ella. Me dan envidia. Cierro los ojos un segundo e imagino que Isaac camina conmigo hasta mi casillero; que hacemos las cosas normales y cotidianas que pueden hacer las parejas heterosexuales.

Abro los ojos con un suspiro. A juzgar por la muchedumbre, parece que Bryson llegará tarde hoy. Me dirijo a la máquina expendedora que está apretujada entre dos hileras de casilleros.

Desde que la junta escolar inició el programa para disminuir el consumo de azúcar, esta máquina es la última en su tipo. Y yo no puedo sobrevivir sin mi dosis diaria de azúcar.

La máquina expendedora es vieja y necesita que le den mantenimiento, pero ninguno de los alumnos se atreve a mencionarlo, por miedo a que la Gran Bertha sea la próxima en recibir el hachazo. Mientras libro batalla contra ella, Shannon Flockhart y Natalie da Silva se detienen frente al casillero de Natalie.

—Tiene que ser esta semana. Hoy tengo que ser yo quien le pida a Bryson Keller que salga conmigo —dice Shannon—. La próxima semana es la fecha límite.

—¿Y si vuelves a perder tu oportunidad? —pregunta Natalie; luego mira su reloj—. Quizá alguien ya le pidió salir con él.

—No es posible. Dustin dice que Bryson llegará tarde hoy. Así que solo tengo que atraparlo antes de la primera hora. Ya tengo todo planeado. —Shannon suspira. Se acerca a Natalie para murmurarle algo al oído, pero lo que Shannon no ha entendido es que murmurar significa, en realidad, bajar la voz—. Y así puedo tener los toques finales de mi historia. Un recuento de primera mano sobre lo que significa salir con el chico más popular de la escuela: una mirada profunda de la cultura en una preparatoria privada y el fenómeno de el chico. Esto definitivamente me sacará de la lista de espera de Stanford.

—¿Estás haciendo todo esto solo por una historia? —pregunta Natalie.

—Tengo la capacidad de concentrarme en más de una sola cosa. Puedo obtener mi historia, salir de la lista de espera y ganarme el corazón del hombre de mis sueños. Tengo todo resuelto.

—Sí sabes que se supone que esto es un juego, ¿verdad? Él no está buscando nada serio con nadie.

Por último, con una patada fuerte, la Gran Bertha libera mi botín. Voltean a mirarme, sorprendidas. Me sonrojo y me inclino para recoger el refresco. Deciden que no soy una amenaza y

retoman su conversación. No las estoy escuchando a escondidas, lo juro.

—El amor llega cuando menos lo esperas —dice Shannon.

—Y ¿qué? ¿Bryson y tú son perfectos el uno para el otro?

—Sí —responde Shannon—. Lo supe en el momento en que nos besamos.

—Como amiga, creo que es mi deber recordarte que eso sucedió mientras jugábamos botella, así que no creo que cuente.

—No importa. Todo lo que necesito son cinco días para demostrarle a Bryson Keller que somos almas gemelas.

Sacudo la cabeza y dejo a Shannon con su fantasía. Todos tenemos derecho a tenerlas. Después de todo, en la mía Isaac y yo rentamos un departamento en la ciudad de Nueva York y tenemos un cachorro que se llama Dobby, el perro doméstico; somos muy felices juntos.

La lata se abre con un satisfactorio clic. Estoy tomando el primer trago cuando Louise Keaton se tropieza conmigo y hace que la lata salga volando. El refresco se chorrea por todos lados, principalmente sobre mí.

—¡Mierda! —exclamo mirando mi uniforme empapado y manchado.

Louise está distraída. Platica por teléfono.

—¡Qué! ¿Estás viendo el coche de Bryson? ¿Dónde?

Por un momento me pregunto si esto es personal, porque Louise Keaton es mi exnovia. Ni siquiera estoy seguro de que puedo llamarla así, ya que nuestra «relación» duró menos de dos semanas. En el primer año le pedí que saliera conmigo para integrarme. Todo el mundo salía con alguien y Louise decía que mis pecas le recordaban a las estrellas. Me gustó su alma poética y por eso me lancé. Nuestra relación iba bien... hasta que fuimos al cine un viernes en la noche. Tener que mentirle a Louise cuando estábamos solos era demasiado. Lo terminé. Ahora, si alguien me pregunta por qué no tengo novia, miento y digo que mis padres son extremadamente estrictos.

—¡Muchas gracias, Louise! —grito a su espalda.

Ella ya salió disparada por el pasillo y yo me quedo solo. El frente de la camisa se pega a mi cuerpo y puedo oler el refresco. Todos empiezan a mirarme fijamente y me sonrojo por la atención. Sin más opción, cambio de dirección y me dirijo al primer sanitario. Suena la campana. Llegaré tarde a la asamblea.

Solo espero que no se den cuenta porque no me puedo permitir estar castigado durante el almuerzo, hoy no. Necesito terminar mi guion si quiero tener alguna oportunidad de cumplir la fecha límite.

Me quito el blazer y desanudo la corbata. Trato de limpiar tanto refresco como es posible de mi camisa blanca. Al final, estoy empapado y el olor del refresco sigue pegado. Al ver el daño frente al espejo, sé que no puedo hacer más. Molesto, me dirijo al auditorio.

—Llegas tarde a la asamblea, Kai —dice Ferguson, la directora adjunta. Está parada frente a la puerta del auditorio. Tiene el mismo cabello pelirrojo brillante que su hijo. Sus labios carmesí se fruncen con desaprobación. Me mira de arriba abajo—. ¿Qué diablos te pasó?

—Perdón, señora. Alguien tropezó conmigo y provocó este lío.

—Mmm. Llegas tarde, sucio... —entrecierra los ojos y estudia mi mandíbula— y sin rasurar. Tengo que reportarte. Ven conmigo.

Musito una queja. Sé que estoy a punto de recibir mi primer lote de puntos de castigo en mi vida. Mientras sigo a la directora adjunta Ferguson, no puedo evitar maldecir a Louise Keaton y al mismo Bryson Keller.

No es así como quería empezar mi lunes en la mañana.